

Los Contemporáneos



UNA BODA EN YEBALA

(CRÓNICA MARROQUÍ)

POR

Vicente Almela Mengot

15 Cts.



Se ha vuelto loco Zenon;
y consiste su locura
en hacer versos de anuncio
de la crema PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,
8,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.
Loción para el pelo, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco.

**ULTIMAS CREACIONES
PRODUCTOS SERIE "IDEAL"**

*Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Ad-
mirable, Matinal, Chipre, Rocío Flor, Rosa,
Vértigo, Clavel, Muguét, Violeta, Jasmín.*
Jabón, 8; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-
lo, 16 pesetas, frasco en estuche.

Cortés Hermanos.—(Sarriá).—Barcelona.

FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS. GUANTES
GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA
12, CAPELLANES, 12
PRECIO FIJO

Obras últimamente

—: publicadas —:

DE

AUGUSTO MARTINEZ
— **OLMEDILLA** —

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.
TEATRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.
EL MAL MENOR, novela, 4 pts.

De venta en las prin-
cipales librerías.

Fumo V. papel

La Lidia

MONTANO

Además de los planos de esta acreditada fabricación,
participa al público haber recibido nuevos de Rö-
nisch, de Alemania, y otras marcas extranjeras en
autopianos.

Calle de San Bernardino, núm. 3, Madrid.

UNA BODA EN YEBALA

(CRÓNICA MARRQUÍ)

Para el glorioso Ejército español en Marruecos.

I

El excelente amigo y compañero Rafael García me acompaña al barco a la una de la noche. Como aun no sabemos la hora exacta de partida, autorizado por el capitán, me tumbo a dormir en la camareta. Clarea ya cuando me despiertan los ruidos de la embarcación. Me dirijo a cubierta y consulto el reloj. Son las cinco en punto de la mañana cuando salimos de Cádiz. Acodado a una barandilla de babor, en el puente, veo despertar a la vida, blanca, elegante y luminosa, a la bella ciudad. Danzan las nubes por el cielo y en los horizontes se apelotonan las nieblas, tardas y macizas, con tonalidades de plomo.

El *Jacinto Verdaguer* avanza lentamente sobre las aguas dóciles, de un azul oscuro, con fugitivos matices de morado brillante. De lejos, el paseo de Canalejas me recuerda la Explanada alicantina. Quedan atrás los muelles, abarrotados de mercancías, y los barcos, todavía en reposo. Hay en la atmósfera un silencio de cumbre sólo interrumpido por el leve chapoteo de la

hélice. La Catedral, con su arrogancia noble, y el Carmen, con su pulcra humildad, se destacan sobre las morunas azoteas del caserío, que poco a poco se empequeñece, esquivando mi contemplación, en brazos de la neblina temprana.

Pugna el sol por brillar, sin lograrlo. A trechos se abren las nubes dejándome admirar la techumbre celeste ya en plena floración de luz. Pero mi avidez se dirige a lo desconocido, a las tierras que voy a visitar, a las aguas que surco por vez primera. Allá está el Nuevo Mundo, la gloria de España y de Colón. Con los gemelos examino la costa, a la izquierda. ¡Trafalgar!

El sol, a través de las nubes, comienza a marcar ondulantes senderos de oro sobre las aguas en apacible tranquilidad. Me desayuno en el puente. Por las lejanías las nieblas se aclaran, se espesan, huyen, retornan y se persiguen con jugueteo infantil. A estribor diviso tierra. Cojo rápidamente los prismáticos y adivino borrosamente la costa africana, precedida por el Cabo Espartel.

Queda ya alejado el suelo natal.

Sólo la punta Camarinal, de una suave blancura, como la cúspide de un monte nevado, me saluda cordialmente, con fraternidad de raza, entre los grises cendales que flotan en la playa distante. El buque se encara con el estrecho de Gibraltar, que está aún sumergido en el delicioso sueño de una noche de verano. Pasan algunos barcos con rumbo a España, con la proa hacia América. Los contemplo con alegría, como a camaradas de la niñez. Animan la vasta soledad marina. Uno parece belga, otro español, otro inglés... Dejan en los aires efímeros penachos de humo. Casi no se advierte el caminar de los pobladores marinos sobre las aguas apenas movedizas, que parecen fantásticos jardines con plétora de lotos de oro, jazmines y claveles.

—¡Qué calmazo!, dice el capitán.

—Sí.

El Cabo Espartel está a estribor. Su faro contempla la dilatada extensión del mar tenebroso con tenacidad de fakir. Comienzo a vislumbrar la rada de Tánger, en la que están anclados algunos buques cuyas siluetas majestuosas se destacan precisas sobre la amarillenta cenefa de la playa.

Siento una honda inquietud, una entrañable emoción, que es placentera ansiedad por zambullirme en lo desconocido. El buque avanza. A la derecha, entre el mate verdor de la montaña, se dibujan las villas del Marxán, como un barrio aristocrático de la costa azul. Un minarete se eleva con graciosa gallardía, empenachado de luz. Parece enviarnos el primer saludo del alma marroquí, hermana de la nuestra.

Seguimos aproximándonos. En la bahía están el *Extremadura*, con la bandera nacional izada; el *Du Chayla*, barco de guerra francés; tres buques mercantes y dos faluchos. A medida que nos aproximamos surge lentamente Tánger la mora, erguida sobre un anfiteatro que sube hasta la Al-

cazaba. La parte de Mediodía es moderna, de tipo de construcción europeo; la playa, con sus casetas de baño, tiene el aspecto de las españolas; pero la ciudad que comenzamos a contemplar, al mismo tiempo que el *Jacinto Verdaguer* se interna en la bahía, es árabe, con una riqueza de color encantadora y una hermosura opulenta y magnífica.

Cae el sol implacable sobre las azoteas, quebrándose con sutiles llamarradas, y decora con brillos cegadores las viviendas, de paredes azules como el mar de la aurora, de ocre caliente, de rosa claro, de verde esmeralda y de blanco de cinc, con sombras blandas que atenúan la crudeza de la deslumbrante ornamentación. En lo alto, la bandera marroquí, roja como la sangre, entrelazada con un gallardete español, flota en el Tabor de policía de nuestro país. La Alcazaba, con su prestigio religioso y heráldico, emerge de las viejas murallas. Otro minarete, en cuya cima ondula una bandera blanca, que describe alrededor del mástil un vuelo alocado de mariposa, se levanta con soberanía oriental y nos habla de otra religión y de distintos fanatismos. Palmeras y torrecillas embellecen el abigarrado conjunto de casas, construidas sin orden ni simetría. El movimiento del buque presta a la maravillosa decoración que tenemos delante una vida interior que aparece con arrogancia y brío, rompiendo la mollicie de su quietud normal.

Ya estamos en la bahía. El buque ancla. Se acercan canoas autónomas lujosas y modestas a recogernos. Moros y negros bajan el equipaje de los viajeros. Todos hablan español, que pronuncian con acento dulce.

En pocos minutos llegamos a tierra.

Pasamos por la Aduana, a cargo de Francia, y un moro europeizado nos sirve de guía y de intérprete, camino del hotel.

II

Fuera de las murallas, al término de la Calle Nueva, la vía de más importancia comercial, está el Zoco Grande, espacioso, en cuesta hacia el noroeste, batido por los vientos y decorado todo el día de sol. Conserva su carácter tradicional, el ambiente indígena, que apenas rompen unos catetines españoles titulados *El Disloque* y *Cinco Minutos*.

Es el verdadero mercado de la ciudad. Sentados en el suelo, con su mercancía delante, que pregonan con persistente tenacidad, hallaréis a los innumerables vendedores que llegan de los aduarez del "fash" tangerino y de las huertas limítrofes. Gallinas, frutas, huevos y pan, constituyen las principales mercancías expuestas.

No carecen de arte ni de buen gusto las sencillas fruterías ambulantes. Sobre verdes ramitas de palmera, muchachas jóvenes, sin velos en el rostro, algunas bellísimas, venden higos chumbos. En cacerolas y palanganas, donde un fuego mortecino se consume entre cenizas, se asan mazorcas, cuyos granos pasan de un rubio claro a un oscuro de ébano. En serones y cajas de madera veréis los tomates, las uvas, las ciruelas. Las sandías y los melones forman pirámides.

Adosados al Zoco hay dos mercados de carnes, frutas y pescados, que tienen un gran parecido con los arálogos de poblaciones europeas. Sin el traje de los vendedores, ni un solo instante pensaríamos que nos halláramos en territorio marroquí.

En la parte alta del Zoco, que coincide con el Poniente, llama la atención una choza blanca, que tiene izada una bandera del país, de un rojo de amapola, en cuyo centro se lee un versículo del Korán.

Es una "kubba", o tumba de un

"marabut", santo, que tiene honores de santuario.

A la puerta del morabito se sientan los memorialistas, cruzadas las piernas, apoyando sobre las rodillas el tablero que les sirve de pupitre. Delante de ellos, dócil, sumiso, está quien dicta la carta. Más de una vez, contemplando la escena, he pensado en la "Dolora" célebre de Campoamor, ante una mora modosita, que, emocionada, decía palabras de pasión, para nosotros incomprensibles.

Barberías y cafelitos se agolpan frente al fondak de Rinaldi, que es una cuadra rectangular, en la que se alinean las bestias, atadas por una pata delantera a las cadenas tendidas en el patio.

Al principio nos chocaba la simetría y el reposo con que descansaban caballos, mulas y burros, sin advertir que su compostura es obligatoria.

Desde las primeras horas de la mañana comienza la animación en el Zoco. La variedad de tipos, de cosas y de trajes es extraordinaria. Abunda el campesino, el moro sucio, de chilaba recosida o rota, parda, oscura, de un indefinible color de tierra y mugre, que entretiene los ocios de la venta rascándose con ahinco—inspirándose en un admirable principio de equidad—por todas las partes del cuerpo.

Bajo los gorros de bermellón, las cabezas afeitadas azulean con suaves reflejos de amarillo claro, que el sol arranca a la curtida piel.

Los rostros negros, de narices achatadas y labios gruesos, y los morenos, surcados de arrugas, de barbas canosas; los semblantes atrevidos, audaces, de los jóvenes, que miran largamente, y las caras inexpresivas, o extáticas de candor, de las muchachas, que lucen grandes aros en las orejas y sortijas modestas en las manos, con sencillos tatuajes en la barba, nos entretienen a los curiosos.

El espectáculo no cambia hasta promediar la tarde.

Entonces la actividad y la animación aumentan en el Zoco de un modo imprevisto y sorprendente.

Afluyen por las dos puertas árabes, abiertas en las murallas, medio destruidas, y por las calles que bajan del monte, del Marxán y de los barrios europeos centenares de personas, que se estacionan en el vasto recinto de la plaza.

Un viejo con mirada cínica, calvo, medio desnudo, de ropas miserables, apoyándose en un cayado, comienza a recitar un cuento, una leyenda, una casida. En seguida, apretujándose, se sientan en el suelo, formando un semicírculo frente al narrador, docenas y docenas de oyentes de todas las edades y cataduras.

El anciano cambia con frecuencia la voz, imitando el lenguaje de distintos personajes; gesticula; se pasea; increpa a lo alto con las manos crispadas; se coge con abatimiento la cabeza; avanza; se retira con un salto; enfurecido, parece denostar al sol que se pone detrás del minarete de una mezquita inmediata; prestamente pone dulzuras y mieles en su expresión, y así está horas y horas.

Le concede el auditorio una atención inmensa. Nadie habla. Es el teatro primitivo, la interpretación silvestre de la vida, el espejo burdo de los afanes, sueños y codicias de la humanidad.

El narrador miente, luce su ingenio, refiere historias que aprendió de sus antepasados. En la persistencia del estudio del Korán y en la herencia del espíritu tradicional de sus fastos heroicos, amorosos y mercantiles, estriba el pétreo espíritu de esta raza indolente y soñadora.

De pronto sentimos una fuerte emoción. Oímos el sonido de una campanilla que nos es familiar en España. ¿Se aproxima el Viático? No. Es el anuncio de que pasa un vendedor de

agua, sobre la espalda cargado el pellejo, sudoroso y jadeante, repartiendo vasitos por un céntimo o dos.

Acerquémonos a otro grupo. Una orquesta, compuesta de mandolinas y un pandero estrecho y alargado, acompaña el canto y la danza de un negro delgaducho, de cara tristoná. La chillería de esta murga nos hace caminar de prisa, y damos con el maestro de esgrima, que, con dos cañas, adiestra a los discípulos improvisados. Comienza por ofrecer una cañita, que siempre es aceptada por alguien. Armados profesor y neófito, aquél besa la mano a éste, se saludan después con paseos y zalemas y, por fin, comienza el combate. Al principio, queridos amigos Lanchó y Afrodisio, para animar al inexperto alumno, el maestro se deja dar algunos golpes; pero pasados los instantes de cortesía, le propina una paliza tal, que el golpeado se aleja sin polvo en la chilaba y con algunos cardenales en el cuerpo.

Al anoecer, los vendedores de frutas encienden velas delante de sus puestos o faroles de aceite, que colocan sobre la misma fruta.

El mercado de hierba para las caballerías está animadísimo, y entre los montones de pienso hallaréis a más de una mora bien plantada, limpia y hermosa, a la que debéis mirar con sigilo y prudencia para que no se incomode.

Poco a poco cesa el bullicio. El cielo está lleno de estrellas. La luna, en cuarto creciente, brilla sobre Tánger, "el balia". A la puerta de la kubba un muezzin nos invita a la oración. Apoyado a una de sus blancas paredes, un negro gigante, de ojos adormilados, masca ávido con sus mandíbulas hercúleas. Su ocupación nos recuerda que es la hora de cenar.... Pero antes voy a referiros un cuentecillo árabe. ¿Queréis?

Un moro, con grandes dificultades, se construyó una vivienda, y el día que la inauguró invitó a sus conocidos.

—¿Qué os parece?—les dijo.

—Muy bonita le contestaron. Pero tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Que es pequeña.

—Yo me consideraré feliz si la puedo llenar de amigos.

III

Los primeros días de mi estancia en Tánger fueron de insaciable curiosidad. La leyenda árabe, que tanto nos seduce a los españoles desde la niñez, comenzaba a desenvolverse ante mis ojos. ¿Cómo sería aquel pueblo que dominó tan extensos territorios, desde la imperial Damasco, y a qué habría quedado reducido? Mi primera visita fué para la Alcazaba. Subí una tarde, después de las horas de calor. Caminaba despacio por las callejas angostas, ondulantes, a trechos blancas, de casas en apariencia humildes, algunas con puertas de ricas maderas, finamente labradas, y lujosos llamadores de cobre o de hierro, para mejor enterarme de tanta pintoresca novedad. Tiendas minúsculas, en las que se amontonan, hábilmente colocados, los objetos para la venta, llamadas "bacalitos", a cargo de moros y judíos, rompen la monotonía de las viviendas cerradas. Algunas vías son tan estrechas, que tocaba ambas paredes con los codos. Ascendía con lentitud, parándome a contemplar las mujeres que pasaban, caminando con precaución por las rápidas pendientes, envueltas en sus jaiques blancos y calzadas con rojas babuchas. Sólo el brillo de los ojos me hacía soñar en la belleza de sus caras. Algunas, con encantadora coquetería, al ver mi traje europeo, descorrían un instante el lienzo protector, como arreglándose, y me permitían admirar sus encantos, o enfurruñarme por dentro ante su fealdad de bronce o sus arrugas insolentes. De

vez en cuando, coros infantiles, un poco chillones, atraían mi atención. Es que estaba junto a una escuela, donde los niños aprendían a gritos versículos del Korán. En la parte árabe de Tánger no están divididos en barrios sus moradores, como ocurre en otras ciudades de abolengo marroquí, y moros, judíos y cristianos conviven tan ricamente. Más de una vez oí canciones españolas popularizadas por una artista de variedades.

Se acentuó la cuesta por donde trepaba, se ensanchó la calle y atravesé la venerable puerta de la Alcazaba, abierta en los vetustos y almenados murallones. Poco después penetraba en una plaza rectangular, de suelo pedregoso y ajanado, amplia, luminosa, con elegantes edificios de puro estilo oriental. Una construcción de fachada ancha, con tres graciosos arcos, sostenidos por esbeltas columnas, en cuya puerta estaban estacionados varios soldados de la policía francesa, llamó en primer término mi atención. Apenas había tenido tiempo de contemplar la gracia noble y pura de sus líneas, cuando un griterío espantoso me dió a entender el uso a que se destinaba tan hermosa morada.

Acosado como una bestia, escarnecido, maltratado, caminaba encorvándose un moro de mediana edad, que fué introducido prestamente en el recinto que yo admiraba.

—Es la prisión—me dijo un muchacho de rostro inteligente.

Torcí a la derecha y penetré en otro edificio, de menos suntuosidad aparente, pero un tiempo mucho más valioso en su interior. Recorrí varias salas, devastadas implacablemente, en las que sólo quedan algunas insignificantes pinturas murales, y que sin la distribución arquitectónica no podría formarse idea el visitante de la índole del inmueble, que era antes el Tesoro, donde se guardaban las riquezas en grandes arcones de enmohecidas cerraduras, hoy abandonados a

la inclemencia de los elementos en un patio soleado, lleno de hierbecillas.

A la salida, y volviendo a la plaza, contemplé el Mexuar, sitio destinado para que el bajá administre justicia, ayudado por el cadí, que entiende principalmente en asuntos territoriales. El aspecto es el de un juzgado de primera instancia español que tuviese las habitaciones a la vista de todo el mundo, bajo techado. Quise entrar en otro recinto, pero el olor de cuadra y el piafar de caballos hicieron que me abstuviera. Luego me dirigí a la puerta que da acceso al mar. Asomado a la barandilla de hierro estuve mucho rato.

Las altas murallas, en escalonado declive, empenachadas de plantas las rotas almenas, descienden hacia el muelle. Tienen un soberbio empaque de grandeza estos paredones de linaje guerrero. Entre el verdor de la ladera y al socaire protector de los viejos muros, se elevan algunas casitas humildes, con azoteas como la nieve y miserias techumbres de barro y paja. La bahía resplandece al sol con mil inquietos resplandores. La punta Malabata se interna en el mar, con su misión de vigilante tenaz del Estrecho. Abajo, la marea se agolpa con olas gigantescas hacia la orilla, hostilizando las ásperas peñas y rocosos acantilados con el impetu persistente de sus enormes masas líquidas, de espuma hecha luz, sobre la que traza el viento, con la habilidad de un supremo artífice, fugaces alicatados y blondas finísimas, regiamente enjoyadas.

Enfrente, casi al alcance de la mano, está la costa de España. Tarifa semeja un nido de cigüeñas, y Gibraltar un refugio de águilas. Los montes africanos y españoles se confunden, borrando la extensión marina intermedia. Se me antoja que he retrocedido un poco y que vivo en una ciudad hispana de la Edad Media. Tánger es eso, en su estructura espiritual interna, desprovista del ornato occiden-

tal de las ruletas y los cafés-conciertos. La tarde tiene un encanto místico de imponderable serenidad, y mis ojos siguen el curso de las aves por todos los derroteros del mar y del espacio.

Terminé mi excursión por la Alcazaba, antigua fortaleza, contemplando las fachadas de los palacios del gobernador y del sultán. A la puerta de una casa próxima a la cerrada mezcquita tuve ocasión de recrearme en el examen de la mujer más hermosa que he visto en todo mi viaje. Los ojos, pardos, eran grandes, de largas pestañas; fina y recta la nariz; la boca, de labios un poco gruesos, sonreía con dulzura. Al pronto, por su traje, se me antojó una andaluza. Vestía una túnica rameada, de seda, de un crema claro, que ceñía con un cinturón de grandes piezas de metal cuadradas y con estrellas en el centro. Un collar de monedas se enroscaba a su garganta. Pendían de las orejas dos grandes aros de oro, estriados, con puntas romas. Asomaban, rebeldes, por debajo del turbante, unos cuantos rizos de pelo castaño, que resaltaban sobre el pálido blancor de la frente. Echado sobre los hombros, y ajustado al pecho con un rosetón de piedras preciosas, llevaba un chal blanco. Lucía las muñecas llenas de pulseras de todos los tamaños, con primorosos dibujos. Me lanzó una mirada, sin inquietarse, con una despreocupación absoluta. Yo me apoyé al dintel de la mezcquita y la admiré a mi antojo, hasta que ella, roja como un clavel, me miró por última vez, y con gentil lentitud se metió en su domicilio.

IV

Una mañana visité el Tabor español de policía indígena, compuesto de cinco "mías", de cincuenta hombres cada una. El coronel, don Francisco

Patxot, que lo manda, nos recibió en su sencillo despacho, con tres grandes ventanas sobre el mar que son una delicia de los sentidos. Amablemente, después de un rato de charla, nos presentó al teniente don Eduardo Mandillo Silvestre para que nos acompañase en nuestra visita por el cuartel. Estuvimos en todas las dependencias, incluso en el horno de pan y en la escuela y estrechamos la mano del capitán don Fernando Cases Ruiz del Arbol, tenientes don Joaquín Romero March y don Juan Carrilló Ortiz y del oficial moro Sid Mahimon Medani. En el heliógrafo gozamos una vista seductora sobre el mar y la ciudad. Todo estaba muy pulcro, muy limpio. Los fusiles, numerados, se guardaban en una habitación cerrada. También nos mostraron las palomas mensajeras, de origen belga, y con crías importadas de Cádiz y Guadalajara. Parece que han prestado ya excelentes servicios. La policía española ejerce su misión en la ciudad y dentro del recinto amurallado.

Otra mañana fui al Monte, donde tienen residencias de lujo, entre jardines y bosques de pinos y eucaliptos, personas de dinero y de buen gusto de distintos países del mundo. Está en la parte Norte. Pasé junto a la residencia de Muley-Hafid, que es un vasto inmueble, con apariencia artística de hospital. Confiscado por el Magzen, de él se llevaron todos los muebles, tapices y objetos de valor que contenía, cargando un barco, que partió para conducirlos a Rabat.

Antes de ascender se camina entre poblados moros, miseros y humildes, de casuchas entre higueras y ricinos, protegidas con las inevitables murallas de chumberas, atiborradas de higos. En el camino me cruzo con mujeres que bajan cargadas, caminando despacio, el cuerpo en ángulo recto, con una deprimente y resignada actitud de bestias. Conducen, principalmente, haces de leña sobre sus es-

paldas, que venden en Zoco Grande.

Paso el Río de los Judios por un endeble puentecillo y comienzo a subir por una carretera bien cuidada. Algunos cafetines a los bordes del camino parecen invitarme a reposar un rato. Sigo mi ascensión, a la sombra de los árboles, entre cercados de piedra, sobre las que se desbordan, opulentas y ufanas, las arboledas. Me detengo a contemplar varias puertas de entrada de forma árabe. El sol lo alumbra todo con un fastuoso derroche de luz.

Junto a la tapia de la finca de Ab-del-Aziz, el poeta, existe una fuente de ancho pilón. Al acercarme a ella, dando el rodeo marcado por el camino, descubro de un modo imprevisto un cuadro sorprendente. Tres mujeres, al aire las ropas hasta la cintura, se lavan las piernas, sentadas en la fuente. Dos son viejas, de cara surcada por profundas arrugas; pero la otra es de poca edad, bella, maciza de carnes, blancas y bien formadas. Al verme, ni protestan, ni gritan, ni modifican en un ápice su actitud y siguen echándose agua fresca sobre sus respectivas desnudeces. Yo advierto que mi zapato derecho está desatado, y, echando rodilla en tierra, con una torpeza que prolonga la tarea, me dedico a anudar los cordones, cosa que consigo al fin, después de haber saboreado la gracia, propia de una matrona de Rubens, de la mora joven. Indudablemente, estas mujeres no son con los europeos tan recatadas como las pintan.

Al término del monte, en la cumbre, está el "último cafelito", donde sorbo un vasito de té que me sabe a gloria. Enfrente está la punta Canarinal, con su constante y ligero color rosado de cumbre nevada.

Una tarde di un paseo por el Marxán, barrio aristocrático, poblado por personajes marroquies y judíos acaudalados. Está también en la parte Nor-

te, y se sube a él por la misma calle en cuesta que conduce al Tabor español. Lo que observé con mayor detenimiento por allí, aparte las fachadas, de puro gusto oriental, fueron los cementerios, tan sencillos y sin vanidad, que me hablaron muy alto de la filosofía de la raza árabe, íntima y sin orgullos externos, siempre censurables. Son los camposantos extensiones de terreno, acotadas con alambres, en los que sólo un cerco de piedras blancas denota alguna vez la existencia de una tumba.

En un cafelito, don Fernando Castro, el agregado de la Embajada española en Tánger, y yo, tuvimos ocasión de saludar al prestigioso moro, amigo de España, Sid-Ahmed Ben Sel-lam, jefe del Dxar Deimus, que se parece al escritor y político Darío Pérez. Es hombre de finas maneras y de palabra correcta.

Moría la tarde. Nubes ligeras llegaban de las montañas de Anghera. El sol, ya moribundo, las decoraba con brillantes tonalidades rojas y moradas, ocre y rosa. Reinaba en los aires una serenidad incomparable. El bajá, fino, delgado, de barbilla negra, montado en una mula con silla hermellón, apareció, seguido de su secretario. Detrás, sentado en las narces de un mulo, iba un negro con chilaba marrón. El breve cortejo desfiló despacio por la soledad de la gran plaza del Marxán.

A las cinco de la tarde de un día fresco y luminoso, don Fernando Castro y yo alquilamos en el terraplén de la bella ciudad dos horriquillos para ir a la huerta de Ducali, donde nos esperaba el hidalgo moro—gran amigo de España y casado por lo civil con una malaqueña—para tomar el té. Debajo del Charf, aduar de pocas cabañas, de aspecto pobre, entre árboles frutales, se encuentra la huerta de nuestro amigo. Una casita de aspecto andaluz, una alberca frente a ella y olor de jazmines y geranios

son el cuadro que contemplamos al llegar.

Nos sentamos en sillas, y frente a un velador, charlamos de España y de sus magnificencias árabes, mientras Ducali preparaba el té moruno, que luego sorbimos, amenizándolo con pastas inglesas. Cantaba el agua de la alberca al caer en grueso chorro sobre la acequia que ha de conducirla a las distintas parcelas cultivadas, y en la lentitud de las horas vespertinas, su ritmo imprimía al espíritu una sensación placentera de reposo que se hermanaba a maravilla con el azul impecable del cielo.

Paseamos por la huerta y nos detuvimos en un cenador que tenía el suelo alfombrado de jazmines. Y Ducali, con la distinción de un patricio romano, decía:

—Aquí es más grato tomar el té, mientras llueven sobre nosotros lentamente las flores blancas.

Hicimos ramilletes para las señoras, y poco después regresamos a Tánger, por la playa. Ducali, que es de mediana estatura, grueso, de ojos vivos y despierto ingenio, subió en su mula. Antes de alejarse me preguntó:

—¿Va usted mañana con el coronel Patxot a Regaya?

—No sé—le contesté.

—Si va usted, feliz viaje.

—Muchas gracias. Adiós, Ducali.

—Buenas tardes, señores.

Al separarnos de Mojtar Ducali, yo pensaba en su pregunta, que era para mí una noticia de interés, porque si el coronel jefe del Tabor español tangerino, don Francisco Patxot, visitaba al día siguiente la posición de Regaya, la ocasión que se me presentaba de conocerla en su compañía era muy oportuna. Aquella noche tenía que subir al Tabor, y dejé para más tarde mis investigaciones.

Aquella noche, el teniente Carrillo, que vivía en mi hotel, y yo, subimos a sorber unas tazas de té en el Tabor de policía español. En la terraza del

edificio, que da sobre el mar, estaba dispuesto el convite. Una rica alfombra con colchonetas nos ofrecía reposo placentero y cómodo; delante de nosotros, una mesa lujosamente adornada, en cuyo centro brillaba, con profusión de bujías, un magnífico farol de colores, grande y solemne, traído de un santuario, y sobre aquélla, en un ángulo, un servicio de porcelana y ricas pastas. En un taburete humeaba la tetera.

Nos sentamos en compañía de Mahimon Medani, moro de complexión fuerte y edad rayana en los cincuenta, melancólico de mirada y sobrio de expresión, que hablaba con alguna dificultad el castellano. Un asistente de Carrillo, llamado Mohamed, vestido con elegancia, nos servía incesantemente tazas de te, que nos sabían a gloria, descalzándose cada vez que pisaba la alfombra. La noche era de una dulzura y de una calma de hechizo. Estaba el cielo limpio y lleno de estrellas, que brillaban con intensidad. La luna llena irradiaba sobre el mar y los montes un luminoso y sutil velo esmeralda. En la bahía, distantes, a nuestros pies, los buques de guerra, con sus guirnaldas de luces, semejan cestillos de flores.

Fumábamos magníficos cigarros y versaba la conversación sobre las joyas arquitectónicas musulmanas contenidas en tierra española. En una pausa de la conversación, yo pregunté:

—¿Vendrá mañana el coronel?

—Seguramente, como todos los días, me contestaron casi a dúo Carrillo y Mahimón.

La respuesta me contrarió. ¿No estarían enterados de su excursión? Decidí proseguir aquella misma noche mis investigaciones en Zoco chico, el centro intelectual, bursátil y comercial de la ciudad; corazón y cerebro a un tiempo mismo, donde cafés, tiendas y concurrentes, en su casi totalidad, tienen abolengo nacional.

V

En el café de Fuentes, de Zoco chico, me confirmaron la noticia que me tenía intrigado desde la tarde. El coronel Patxot, que es en la actualidad presidente del Casino Español de Tánger, en efecto, iba al día siguiente a Regaya. Sin pérdida de tiempo me acerqué a la Embajada de España y solicité una visita de nuestro ministro, D. Francisco A. Serrat, que tan afectuosa y deferente acogida me había dispensado cuando llegué a Tánger.

Pasé en seguida al despacho de nuestro ilustre representante, de tan altas dotes intelectuales, y le expuse mi deseo de visitar al día siguiente Regaya.

—Es que el coronel, me contestó, no va a ese campamento, sino a otro sitio. Háblele usted por teléfono.

Antes de salir, admiré en la oficina de uno de los secretarios, las insignias de la Gran Cruz de Isabel la Católica, que la colonia española había regalado al ministro español por suscripción pública.

Desde el Casino Español llamé a Patxot por teléfono, exponiéndole mi deseo de acompañarle.

—No, no es posible. Crea usted que lo siento. Yo voy invitado y no puedo tomar la iniciativa—me contestó.

La negativa me puso de mal humor. Sin embargo, no perdía la esperanza. El día que visité el Tabor formé del coronel Patxot, que es un carácter firme, un ingenio chispeante y un corazón de oro, el concepto de que sabe rendir a la amistad los debidos tributos y confiaba aún...

Una voz interior que nunca me engaña, parecía decirme: Irás.

A las ocho en punto de la mañana me llamaba al teléfono el coronel.

—¿Está dispuesto?—me dijo.

—Empezaba a levantarme.

—Dentro de diez minutos iré a recogerle en un automóvil.

Subí a mi cuarto, me lavé, y cuando me abrochaba el cinturón, todavía en mangas de camisa, entró la camarera a decirme:

—El coronel Patxot le espera.

Cogí la americana, que me puse bajando las escaleras, y de dos saltos me subí al automóvil.

—Gracias, mi coronel. Estoy muy contento.

—Es usted hombre de suerte. Puede estarlo. Va usted a ver un espectáculo y a visitar lugares que ningún español, paisano, ha contemplado nunca.

Recogemos en su domicilio al teniente de caballería señor Olivares, ayudante de Patxot, y el auto sale veloz para Regava, adonde llegamos media hora después.

Nos paramos junto a los pabellones Dokers, que sirven de hospitales. El coronel, imperativo, nos dice que no hay tiempo que perder y montamos en seguida a caballo.

Delante de la comitiva avanzan dos soldados de la policía indígena, y a retaguardia caminan varios de Dar-xani. Pasamos dos horas trotando por valles y laderas, barrancos y adurasas, bajo un sol espléndido y favorecidos por una brisa agradable. El paisaje me recuerda a Ronda y el Maestrazgo. Los montes, de vegetación abrupta, se engalanan con gigantescos olivos, de escasa producción, y en las mesetas y laderas encontramos plantaciones de aldoorán—saina—, que de lejos se confunden con el maíz. Grandes filas de florecidas adelfas siguen el curso de los barrancos. Una cigüeña blanca, con un elegante festón de plumas negras en los bordes de las alas, vuela reposadamente sobre nosotros. En las arboledas distantes, las palmeras nos advierten la presencia de los aduare, cuyas techumbres de paia se confunden con el color de las rocas y de la tierra. Contemplo con

pena el monte Zinat, rocoso, abrupto, de trágico recuerdo.

Pasamos por el Zoco del Arbaa de Beni Mexauar, que tiene junto a él, instalada en un altozano, una posición de policía que depende de Dar-Xaui.

Una hora más de viaje y llegamos a Dar-Xaui, donde nos reciben amablemente, su capitán el señor Bueno, que tiene la distinción de un caudillo del Conde-duque de Olivares, y varios oficiales. El coronel Cogolludo, con sus ayudantes, formando una lucida comitiva, llega del Fondak, procedente de Tetuán.

Nos instalamos en una chavola, cabaña cómoda formada con troncos de árboles, cañas y adelfas, y poco después nos sirven la comida. Estos nobles militares, que soportan a diario las penalidades y privaciones de la vida de campaña, hoy se esmeran por atendernos y nos ofrecen un verdadero banquete, que termina con champagne y excelentes cigarros.

Presidió la mesa el coronel Cogolludo, que tuvo conmigo la deferencia de sentarme a su derecha. Al otro lado, Patxot, con su eterna alegría, animaba constantemente la charla. El comandante de caballería señor Serra, el del 60 señor Moreno Paso, los capitanes Bueno, de Dar-Xaui, y Rueda, del Fondak, y los tenientes señores Ribero, avudante del coronel Cogolludo, Cordoncillo, Alvarez, el médico señor Hidalgo y el alférez señor Górriz, completaban el número de comensales.

La sobremesa fué corta, y durante ella reinaron una respetuosa fraternidad y un entusiasmo grande.

Pensando en el porvenir de nuestra patria, comentamos con grandes elogios la visita hecha a nuestra zona de influencia por el ministro de la Guerra, señor vizconde de Eza, en cuyo talento, dotes de organizador, cultura y patriotismo, es posible fundar lógicas esperanzas.

Terminamos contando anécdotas y

chascarrillos. Viéndoles gozar, yo sentía una íntima satisfacción. Aquel momento compensaba a los bravos militares de las horas tristes, difíciles, erizadas de peligros, con que durante meses y años realizaban su patriótica labor, mal instalados en tiendas de campaña, soportando las inclemencias del tiempo y dando la vida, si es preciso, en beneficio de la gloria y de la prosperidad de España.

Otra vez a caballo. La segunda jornada es más corta. Dos horas apenas. Semejante el paisaje, un poco más embellecido por la vegetación. Avanzamos por el valle del Harixa, pasando por Ain-el-Aonzar (Fuente del manantial), el Haruy, desde donde por el camino que conduce al Zoco del Tzenin de Beni-Archau, seguimos junto a los poblados de Genadak, Ain Kalbun, Rumman y Genanda. A las cuatro de la tarde, sobre una ladera cercana a la cumbre de un elevado monte, divisamos el aduar a donde nos dirigimos. Bordeamos un profundo barranco. Comenzamos a oír los primeros disparos, que silban y prolongan su sonido en el eco de la montaña con un rumor de oleaje.

—Almela me dice el coronel Cogolludo, aquella es la casa del Caid.

Entre árboles, higueras en su mayoría, y olivos, contemplo una morada pintada de cal, de sencilla apariencia, que más parece una granja española que la residencia de un gobernador moro. Está rodeada de gentes, que no distingo bien todavía. Los caballos suben con dificultad la áspera y tortuosa cuesta. Callamos todos. Pasamos junto a la primera choza. Aumenta el tiroteo. Ya distinguimos claramente a los moros, ataviados con elegancia, joviales, blandiendo sus espingardas, que disparan sin interrupción, una albórbola constante.

Chirimías y tambores pueblan los aires de armonías musicales monótonas y rústicas, que apagan un poco los estampidos de los disparos y los

gritos de la multitud. Los caballos, inquietos, nerviosos, se revuelven, se agitan, retroceden y hostigados avanzan con dificultad. La casa del fakir, donde hemos de hospedarnos, está al final de un angosto y empinado sendero. Damos rienda al caballo, ¡arriba!, y entre el humo de la pólvora y nubes de polvo, trepamos a la terraza, rodeada de moreras espesas, y echamos pie a tierra. Se oyen descargas sin interrupción. La fiesta nupcial se encuentra en la plenitud.

VI

Tan pronto como descendimos de los caballos, que se llevaron con presteza los soldado de la policía indígena que nos servían de cortejo, entramos a descansar un rato en la vivienda del fakir, donde nos hospedábamos. El aspecto de la casa era humilde. Constaba de una sola planta y el techo era de barro y paja. Varias columnas cuadradas daban acceso a un porche en cuyo ángulo de la izquierda había un fogón. La única habitación de la morada era rectangular, y sobre sus alfombras y colchonetas nos tumbamos para reponer fuerzas. Bebimos algunos sorbos de agua fresca y poco después vino en nuestra busca el Caid de Beni-Mesauar, S'id El Aiachi Ez Zel-lal.

Es hombre de regular estatura, de rostro inteligente, frente abombada, nariz aguileña, ancha en la base; ojos pequeños, de quieto mirar, y bigote y barba ligeramente canosos. El turbante y la túnica eran de hilo blanco, y la chilaba, muy abierta en el pecho, de un tono gris claro. Calzaba las indispensables babuchas amarillas.

Cambiamos con él afectuosos saludos y descendimos hacia la empinada y pedregosa calzada por donde ha-

bíamos llegado, confundiéndonos con los cabileños montañeses, que, en grupos compactos, invadían por completo el camino. Subimos hasta la casa del gobernador, cruzando la plazoleta delantera, donde corrían la pólvora los hombres del lugar en honor de los prometidos, y penetramos en una estancia análoga a la que acabábamos de dejar en la residencia del fakir. La casa de enfrente es de un hermano suyo, Sid-el-Arbi, que había contraído matrimonio el día anterior.

El espectáculo que se ofreció entonces a nuestros ojos nos dejó un instante perplejos de asombro por su inusitada novedad. En la colina inmediata, escalonada en forma de anfiteatro, estaban sentados todos los vecinos del aduar. Arriba, las mujeres, con sus jaiques blancos, de un tono marfileño, rojas las fajas, y con pliegues las faldas de rayas azules. Una fuente de fresquísimo caudal, que mana en un recinto cuya entrada tiene forma de dolmen, descendía ondulante por entre la muchedumbre. Los hombres, inmóviles, extáticos, con aspecto bíblico, arrebuajados en sus flamantes chilabas, asistían con extraordinario regocijo interior a la fiesta. Muchachas de rostros blancos, candorosos, de inocente hermosura, y niños de caras audaces se entremezclaban por doquier. Diríase que estábamos en una tarde de luchas sangrientas en el circo de Roma. La ansiedad se dibujaba en todos los semblantes. El sol acrecentaba con sus fulgores la pujanza colorista del cuadro.

Sin interrupción sonaban, con su agudo cantar, las chirimías moras, muy parecidas a las gaitas gallegas, y los tambores las acompañaban, dulcificando, con sus notas graves, las estridencias alocadas de aquéllas. En la plazoleta, delante de nosotros, se corría la pólvora. Entraban los montañeses en grupos de ocho, de diez, de

doce, dirigidos por su jefe, que se colocaba en el centro del círculo. Llegaban, al comenzar sus vueltas, la espingarda o el fusil cogidos con las dos manos y horizontalmente. Sobre las frentes, anudadas como coronas de rosas o de mirtos, las fundas de las armas de fuego. Gritaban con gestos retadores, engallándose hasta enronquecer; adquirían actitudes elegantes, dominadoras, de una pujanza indómita y de un brío arrogante; dadas dos o tres vueltas a una orden del director, volvían los fusiles hacia abajo, y pisando quedo, encorvándose, seguían un trecho, se paraban, y de pronto, describían media vuelta a la izquierda y otra media a la derecha, y dando aullidos feroces, saltándoseles los ojos, ebrios de entusiasmo, de orgullo y de fiereza, disparaban las armas contra el suelo, produciendo un estrépito ensordecedor, como el de un trueno que reventara preñado de chispas ante nuestros ojos, dejando en toda la plazoleta una densa nube de pólvora.

Algunos eran adolescentes, y jóvenes la mayoría. La oferta a la amada, de su vida y de su valor, era frecuente. El que dirigía la ceremonia solía animarles, hiriéndoles en su orgullo varonil. Al entrar en la plazoleta les llamaba jóvenes valerosos. En el momento de disparar les decía: "¡Hombres, fuego!"

El director salía, en más de una ocasión, con las piernas quemadas. Un tiro mal apuntado, en el delirio y la fiebre del momento, le llagaba los tobillos. Quedaba el suelo chamuscado, negro. La multitud uníase con exclamaciones de aprobación y de enardecimiento a las frecuentes descargas.

Apenas salían los que acababan de disparar entraban otros, y se repetían las escenas, y así, horas y horas, durante el día. Los fusiles y espingardas eran de culatas con incrustaciones de nácar, de marfil y de cobre, finamente labradas. De los aduares vecinos llega-

ban comisiones a ofrecer regalos al gobernador con motivo del fausto acontecimiento que se celebraba. Caballos, mulas, vacas, carneros, frutas miel, granos, harina y azúcar, en grandes cantidades le eran ofrecidos. La casa estaba llena de ricos y valiosos presentes. Sesenta mujeres amasaban pan sin interrupción para los convidados. Las incesantes detonaciones se multiplicaban sonoramente en los ecos del profundo barranco y de la ladera próxima, adquiriendo el rumor majestuoso de la marea en un día de tempestad.

Un poco fatigados por la monotonía de tantos disparos, volvimos a la casa del fakir, frente a la cual había sido levantada la tienda de campaña. Charlamos un rato, y cuando comenzaba a declinar la tarde vinieron de nuevo en busca nuestra para que contemplásemos los festejos nupciales.

Tornamos a la morada del gobernador. Yo crucé la plazoleta en un momento crítico. Un círculo de tiradores se disponía a disparar. Su director—llamado Xeye-el-errama—, al verme, los contuvo. Por el camino del monte alto, que desembocaba en la plazoleta, descendían, disparando y dando gritos estridentes, precedidos de cinco o seis toros, los cabileños de un dxar enemigo de España. De un salto, entre nubes de pólvora, gané la puerta de la casa del Aiachi. Este, pálido, me tapó con su cuerpo, asomándose al exterior.

El primer cortejo apareció. Era el del novio. Montaba el futuro esposo un caballo magníficamente enjaezado. Parecía un santito, con su turbante en forma de corona, bordado con sedas claras y sencillos adornos, y su capa larga, blanquísima. Dos esclavos, uno a cada lado delante, con pañuelos le hacían aire constantemente o le espantaban las moscas. Seguido de una nutrida Comisión de toibas y fakires, con capas severas, como frailes de Zurbarán, paseaba por el

poblado, parándose cuando la apiñada muchedumbre le interceptaba el paso.

Análogo al anterior era el cortejo de la novia, que montaba una mula ricamente enjaezada. La originalidad de esta procesión del amor y de la vida, estaba en que no se veía el cuerpo de la futura desposada, cubierta con un jaulón lleno de telas riquísimas y pañuelos de finos colores, que mantenían en el anónimo su personalidad. Montada a mujeriegas, la novia debía pasar un calor extraordinario, metida en la ammaria, que así llaman los moros a la jaula que sirve de transitoria cárcel a las mujeres que van a casarse, y que está hecha usualmente con ramas delgadas y flexibles de árboles.

Los futuros esposos se habían criado juntos en casa del Caid. Eran primos hermanos y una verdadera pasión les unía desde la niñez. Sin darse cuenta, por una efusión natural de sus corazones, se buscaban siempre y juntos solían solazarse por los montes y descansar a la sombra de los olivos, con una preferencia que los hacía huir de toda amistad. Sabían que se amaban y nunca se lo habían dicho. Pensaban, con el candor que nace de la inexperiencia, que nadie adivinaba su cariño y que era un secreto para todos, sin advertir las sonrisas benévolas que les acompañaban cuando iban en pos de la soledad de las montañas para hablar a su antojo y sin testigos molestos.

La novia había salido de casa del Caid para ir al poblado de Janadak, a casa de un tío suyo. Los dos próximos esposos ignoraban que estaban destinados a contraer recíprocamente matrimonio. En aquellos instantes de alegría y de bullicio, sus almas sentirían tal vez una angustiosa tortura. Es probable que ninguno de los dos sospechase la ventura que les aguardaba y que un dolor mortal, de amor agostado en su máxima grandeza, les hiciera desear la muer-

te, en medio del delirante y loco frenesí de la fiesta.

Para contemplar mejor los dos cortejos, salimos a la plazoleta. Yo estaba echado sobre un muro de más de un metro de altura, que daba sobre una huerta, donde un vendedor de pólvora tenía establecido un puesto. Mi mano derecha la tenía apoyada sobre una piedra saliente, fuera del muro. De pronto sentí como un picor intenso, en el dedo meñique. No le dí importancia a la cosa y me limité a restregar la mano contra el muro. Estaba distraído viendo a los moros comprar pólvora y cargar sus fusiles, que dispáran poco después frente a la casa del novio. Algunos moros de un aduar enemigo, que tenían fusiles mausers, descargaban cartuchos al aire.

Tornamos a nuestra morada a tomar el te. De camino, observé que mi dedo meñique de la mano derecha sangraba por una herida abierta entre la falange y la falangina. Me envolví el dedo con un pañuelo y no dije nada. La herida no tenía importancia, y si yo daba cuenta de ella, la contrariedad que produciría a mis amigos sería grande. Luego me lavé el dedo con agua y me puse un trozo de tafetán.

Subíamos la cuesta de la casa del fakir cuando oí quejidos lastimeros y sollozos. Me paré y entre las moreras que circundaban la casa advertí la presencia de dos mujeres, una de ellas víctima de profunda congoja. Con gran alegría advertí que hablaban castellano.

—Aixa, valor, decía la más tranquila.

—Me muero, me muero de dolor.

—Nada podemos contra el destino.

—Esta boda es mi muerte.

—Confía..., espera..., ¡quién sabe!

—A su amor no renunciaré nunca, añadió Aixa con voz ronca.

Me llamaron y acudí con presteza. ¿Quién sería aquella mujer tan enamorada del novio, Sid Mohamed?

VII

Anocheía cuando volvimos a nuestra residencia. Junto a la tienda de campaña tendieron alfombras, colchonetes y almohadones, y nos dispusimos a saborear el te. Nos sentamos en círculo, alrededor de una mesita, y poco después trajeron una bandeja magnífica, de plata, con servicio del mismo metal, trabajado primorosamente. La riqueza y suntuosidad del obsequio me sorprendió bastante en aquel pueblo humilde y en pleno ambiente rústico. Entonces me explicaron los compañeros que el Caid es hombre inmensamente rico, un millonario auténtico.

El propio gobernador preparó la deliciosa bebida, echando con la mano te verde en la tetera, azúcar de pilón, que previamente hizo pedazos con un artístico martillito de cobre, plantas aromáticas y un grano de ámbar. Sabía a miel líquida y tenía un dulce y suave perfume de yerbabuena. Sorbimos varias tazas con verdadera delicia.

Comenzaron a encenderse las estrellas, que brillaban con inusitado esplendor en el cielo claro de la prima noche. La luna, llena, apareció detrás de los montes, vistiendo de fiesta con su luz plácida todo el paisaje. Por las cumbres de las montañas veíamos procesiones de antorchas de comitivas que se alejaban o que acudían a la boda. Sonaban sin interrupción la gaita y el tamboril, y, aunque menos frecuentes, también los disparos continuaban su himno guerrero en honor de los novios.

Cuando terminamos el te nos sirvieron la cena, que fué copiosa y compuesta de ricos manjares. Empezamos con el indispensable lavado de las manos, para lo cual un criado nos presentaba una palangana, echándonos un chorrillo de agua con una gran

cafetera y ofreciéndonos después una toalla. Una vez limpios todos los "cubiertos", pues como es bien sabido, los moros para yantar solo utilizan las manos, nos dieron pan amasado en grandes tortas, redondas y delgadas, recién hechas y calientes todavía, y luego nos sirvieron cinco o seis platos, de distintos manjares, condimentados en cacerolas de barro. Carnero con patatas, gallinas enteras asadas, discretamente cubiertas con tortillas; ternera con salsa de jeníbrea; otra vez carnero con un guiso de cebolla, palomos con patatas, de nuevo ternera, gallinas... Para postre nos dieron melón y dulces, y, por último, apuramos una taza de café, sin colar y muy cargado. No hubo nadie que comiera de todos los platos. Por lo visto, todos estábamos bien avenidos con nuestro pellejo. Al terminar la cena, el Caid, que la había presenciado, se despidió de nosotros, deseándonos una noche feliz.

De sobremesa comentábamos los curiosos incidentes y trámites de la boda. Las mujeres de todo el aduar, con objeto de facilitar el hospedaje de los centenares de invitados, estaban reunidas en dos o tres casas, durmiendo juntas y hacinadas. La novia pasaba la noche con sus amigas, y el novio con sus camaradas. Al amanecer se unirían en la cámara nupcial, dándose por consumado el matrimonio. En la puerta de la alcoba quedaría vigilando una esclava negra, que tan pronto advirtiese el triunfo del amor, entraría para recoger los pantalones de la desposada y pregonar públicamente su virginidad. Chirimías y tambores dedicarían entonces un cántico matinal de júbilo a su doncellez.

El sueño y la fatiga nos rendían, y poco a poco fuimos desfilando en busca de nuestros lechos. En medio de la plazoleta, envueltos en mantas, se quedaron los oficiales, los dos coroneles se internaron en la tienda de

campana, y los demás nos acostamos en la casa del fakir. Yo no pude dormir. De vez en cuando sentía picores molestos, y, por fin, salí a la terraza. Allí me encontré a la mayoría de los expedicionarios. Nadie había conciliado el sueño. Nos sentamos junto a la tienda de campana, en la parte Norte, frente a un horno de cocer pan. La calma y el sosiego de la noche invitaban a la comunicación espiritual, y tuvo nuestra charla un efusivo encanto de intimidad y de recuerdos del pasado.

Sin darnos cuenta, seducidos por el encanto de la noche, de una soberana belleza, recordamos a los grandes poetas españoles, recitando poesías, que eran la música propicia a la naturaleza de amor y de ensueño en que nos hallábamos. A mí me encantaba oír a los bravos militares, tan duchos en los artes de la guerra, rendir homenajes de admiración sincera a los insignes guerreros de las artes. Cogolludo y Patxot demostraron una singular cultura literaria. Yo, que apenas hablé, invitado por un elocuente silencio, me creí en el caso de recordar alguna composición poética, y, sin previo propósito, de un modo inconsciente, cediendo a la impresión del momento, sojuzgado aún por las costumbres que acababa de presenciar y por la grandeza de las agrestes montañas, dije algunos versos de Homero, que me parecía leer esculpidos en un bronce milenario.

Rendidos por el cansancio, al clarear el nuevo día, que se anunció con las descargas de los fusiles y los briosos cantos de los gallos, nos fuimos otra vez en busca de unas horas de reposo. Invitado amablemente, busqué refugio en la tienda de campana, donde me ví libre de inoportunos picotazos. Todavía conservaba hinchado, como una aceituna sevillana, el lóbulo de la oreja izquierda, hazaña producida por un insecto misterioso

y famélico. Antes de dormir oímos el pregón victorioso anunciador de que la castidad de la desposada se había ofrendado ya en el altar fecundo de la vida. Yo pensé entonces en la alegría de los dos novios, al verse recíprocamente unidos por los lazos del matrimonio.

La mañana siguiente pasó en un soplo. Nos lavamos, ingerimos una taza de café, hicimos fotografías y temprano comimos, con objeto de volver en el mismo día a nuestros respectivos puntos de destino. A la una de la tarde, y después de despedirnos del Caid, a quien los militares habían ofrecido un rico presente en azúcar, montamos a caballo y emprendimos el regreso. Hacía un sol abrasador, y entre disparos y gritos afectuosos dejamos el dxar Bugabes, donde tan hidalgamente habíamos sido obsequiados. Yo montaba un ágil caballo árabe, que me había ofrecido el capitán Bueno, a quien felicitamos por el feliz resultado de nuestra excursión.

Dos horas más tarde nos despedíamos del coronel Cogolludo, del bizarro capitán Rueda, que parece un moro, y de los demás oficiales, en Dar-Xaui, y el coronel Patxot, su ayudante, el distinguido oficial señor Olivares y yo, directamente, nos dirigimos a Regaya, adonde llegamos a las seis de la tarde. Por el camino, entre montañas, aduares, llanuras y collados, nadie nos inquietó en lo más mínimo. La seguridad es completa.

Nuestra conversación versaba acerca de la riqueza virgen de los distintos territorios que admirábamos.

¡Cuánta industria por explotar!
¡Cuánto cultivo intensivo por llevar a la práctica, con los adelantos de la mecánica moderna!

Las cigüeñas, inmóviles, de pie sobre las conas de los árboles, destacando su blanco plumaje sobre el oscuro verdor de las laderas, nos veían pasar, impasibles. Giraban sobre nuestras cabezas las águilas, dueñas y se-

ñoras de aquellos vastos dominios. En una encina vimos a dos tórtolas que se acariciaban. El macho adamaba con su pico a la hembra.

—Parecen los recién casados, dije.

—Es verdad, afirmó Patxot.

—Cuando yo lo cuente, creerán que lo he inventado.

—Aquí estoy yo para certificarlo en todas partes, añadió el coronel.

A las seis echamos pie a tierra en Regaya, centro de aprovisionamiento, dotado con una columna móvil de 2.000 hombres, que manda el coronel Serrano. Vi instalados almacenes de Intendencia. Los soldados que circulaban por la posición pertenecían a cazadores de Chiclana y al regimiento del 60.

En un café calmamos un poco la sed con un refresco, y en seguida subimos en un automóvil que nos dejaba una hora más tarde en nuestros domicilios de Tánger.

VIII

Dos días después de la excursión a Bugabes, me hallaba un domingo de cacería en El Mediar, invitado por mi buen amigo y ex compañero de Cacharrería del Ateneo, de Madrid, Emilio Sanz, director de la Sucursal del Banco de España en Tánger. Durante la mañana no cobramos ningún jabalí. Acabábamos de comer, en la tienda de un inteligente y simpático italiano, cuando me sorprendió una voz conocida, en un grupo de mujeres sentadas a la sombra de una encina.

Reconocí en una de ellas a la enamorada sin fortuna, a la infeliz herida de amor sin esperanza, que se confiaba a una compañera la noche de la boda, en un desbordamiento de sus penas y dolores. Era una mujer esbelta, de andar reposado, elegante.

—¿Quién es?, pregunté.

—Se llama Aixa, me dijo un moro, y es la esposa de un alto funcionario tetuaní. Llegó ayer, procedente de Bugabes, y se quedó a pasar el día con una prima suya. Esta tarde se dirige a Tánger, donde viven sus padres.

Un deseo invencible de hablar con aquella doliente mujer se apoderó de mi voluntad; pero no pude lograrlo. A las tres continuamos la batida, que duró hasta la caída de la tarde. A mí me trajeron un chacal, sobre el que yo había disparado, vivo aún, a pesar de las heridas, de las que fácilmente podría curarse, por si lo quería traer a España. Agradecí el obsequio y no lo acepté. Me vi un poco en Tartarín, entrando cargado de muletas y con el buen chacal, de ojos muy tiernos, en mi popular barrio de Chamberí.

El automóvil nos trajo hasta las cercanías de Tánger, donde tuvimos un accidente sin importancia, que nos obligó a regresar a pie, ya de noche. Como todos llevábamos escopetas íbamos tranquilos, comentando los robos y saqueos que los moros de un aduar realizan contra los de otro, para satisfacer viejos odios de familia o simplemente para lucrarse con el botín. El protectorado de España tiende a impedirlo y a difundir la cultura y el progreso por todo el territorio asignado a nuestra vigilancia. Estábamos en plena zona internacional, en la que se realiza el contrabando de armas contra los españoles, zona que en el tratado de 1904 nos correspondía civilizar. Tánger, en el fondo, brillaba con una flotante polvareda de luz.

Otros dos días habían transcurrido cuando visité el Cabo Espartel, en compañía del Sr. D. Lope Corral, digno funcionario del Banco de España de Madrid. Por una confidencia sabía que Aixa pasaba el día en casa del Menebi, por donde yo regresaría. Comimos en el Faro, a cuya cúspide

subimos, contemplando el mar a nuestras anchas. ¡Qué hermoso estaba! Sobre la inmensa superficie atlántica había un inquieto florecer de luces blancas, azules, amarillas, moradas...

Tornamos a montar en las mulas y nos dirigimos a las Grutas de Hércules. Por las playas de finas arenas cogimos grandes conchas, que deseábamos conservar como recuerdo. Una hora de camino, doblando cerros y trotando por arenas y llegamos por fin a las Grutas. Un viejo moro, de barbas blanquísimas, nos acompañó. Entramos en una cueva y, encogidos, agachados, pasamos un túnel, que torcía a la derecha y penetramos en las Grutas. Me parecía que iba a tener el gusto de estrechar la mano del padre Adán. Diez o doce hombres, medio desnudos y cubiertos con pieles, trabajaban en el interior, labrando toscas piedras redondas de molino.

Nuestra presencia les produjo una seria inquietud. Según nos explicaron y tradujo un moro que nos servía de espolique, por la mañana habían estado unos franceses que les querían expoliar de su propiedad, echándolos de las Grutas, donde siglos y siglos habían trabajado sus ascendientes en el mismo oficio. Les aconsejamos que reclamasen en la Embajada Española de Tánger. Lope Corral les dió cinco duros, que cayeron entre ellos como agua de Mayo. Uno, de cara avariciosa, tuvo un movimiento instintivo de abalanzarse sobre mi compañero. Yo eché mano al revólver; pero fué innecesaria toda precaución de fuerza. Bastó una severa mirada del anciano que guiaba nuestros pasos para que el hombre primitivo se contuviera como una fiera ante el látigo del domador.

Ya tranquilos, recorrimos aquel palacio de la edad de piedra, de grandes salas y altísimas bóvedas, con caprichosas ornamentaciones de rocas y plantas. Teníamos sed. Un moro, con una cantimplora de zinc, se introdujo

por una grieta y tardó en salir, ofreciéndonos un agua fresca, riquísima, que bebimos con avidez. Luego hicimos cortar estalactitas, que nos guardamos. Por dos grandes puertas comunicaban las Grutas con el mar, que entraba en ellas contento y feliz, como en lugar de calma y reposo. Un desierto de plata incandescente sembraba desde dentro la superficie atlántica. El sol trazaba sobre las aguas encajes maravillosos.

A las cuatro de la tarde emprendimos el regreso. En una huerta compramos, por una peseta a un moro una sandía y un melón, que nos comimos sin dejar las cabalgaduras. Cuando se ponía el sol, después de haber pasado junto a varios aduares, entrábamos en Tánger. Al pasar junto a la casa del Menebí, todavía en el campo, no ví a Aixa. ¿Qué sería de ella?

Al día siguiente, sin embargo, cuando menos lo esperaba, mi buena suerte dióme ocasión de charlar con ella sin prisas y con toda comodidad. Terminada mi estancia en Tánger, me dirigía a Ceuta, en el remolcador que capitanea Castellví, un valenciano valiente y cultísimo, cuando advertí en el puente la presencia de dos moras, sentadas al final de la escalera.

—¿Quiénes son?, le pregunté a Castellví.

—Aixa y su madre.

—¿Aixa?

—Sí; la mujer de un alto empleado tetuaní.

De momento me interesaba más la ciudad que dejábamos, y que se recortaba con oriental elegancia sobre la colina norteña en que está construída. Recordaba los días de esparcimiento y de vagar que en ella había pasado y con íntimo deseo me prometí volver cuando unos días libres me permitieran holgar sin inquietudes. Doblaba el remolcador la Punta Malabata—Ras-el-Mear—y le dirigí la última mirada a Tánger.

Avanzamos junto a Talah-Xery, Ras Kankux, Ras el Máaza, Marisa el Máaza, el Ahelia y Alkázar-Se-guir. El remolcador se mueve con grandes vaivenes. Todos están mareados menos el capitán y yo. El hambre me hace indicarle a Castellví si podría comprar algunos viveres en Alkázar, a lo cual asiente, con gran satisfacción mía, pues tuve que embarcarme sin haber almorzado.

Un soldado, que había desembarcado, me trajo pan y jamón, y de la cocinita del remolcador me sirvieron un par de huevos, que me comí con fruición, entre personas mareadas y llenas de angustia. Hasta Ceuta admiré la isla del Perejil, tan célebre como minúscula, y la colosal mole de Sierra Bullones—Yebel bel Junes—que llega al mar y se tiende en sus aguas, como un dromedario gigantesco que alargase su cuello sobre las olas.

Llegamos a Ceuta. Sobre el puerto vuelan potentes aviones. La ciudad está engalanada y en fiestas, en honor de la Virgen de Africa. Un teniente herido en Rehana, el señor Miranda, compañero en el remolcador, me indica su hospedaje en la calle Real. Ya instalados, nos volvemos a encontrar en el Casino Militar, donde cenamos en compañía de un distinguido capitán. El teniente ingresará en el hospital al día siguiente, y yo partiré para Tetuán.

¿Y Aixa, se dirá el lector? En la travesía de Alkázar a Ceuta charlamos a nuestro sabor. Su madre, mareada, quedó traspuesta, y ella, bellísima, de una tez morena, de rosa de te, grandes ojos negros, de cejas unidas con cohol y labios carnosos, sensuales, con dulce acento, algo andaluz, me refirió su pasión sin ventura y la vi que miraba con deleite a las olas, como un supremo bien, que podría calmar sus desesperadas cuitas.

Apenas llegué a Tetuán me dirigí en busca del heroico coronel D. Pablo Cogolludo, que fué hace algún tiempo gravemente herido en Beni-Hosmar, a los cuarenta y dos años de edad.

En la espaciosa plaza de España tetuani me indicaron la calle donde están instaladas las oficinas del coronel, y al entrar en ella me encontré con un espectáculo muy pintoresco y desbordante de color.

El Jalifa salía de la Mezquita. Era viernes, y regresaba de orar oficialmente.

Montado en un soberbio alazán, magníficamente enjaezado, con un traje de suprema elegancia, precedido de moros correctamente vestidos, en dos filas, como una comunidad religiosa, bajo un palio, de cúpula ondulante y vistosa. S. A. I. Muley el Mehedi, sobrino de Muley Hasan y primo del Sultán Muley Yusef, se dirigía a su palacio, distante unos veinte metros del templo, seguido de su Gran Visir, entre las tropas formadas y a los acordes vibrantes de la Marcha Real española.

La cabalgata, a la que el sol, que refulgía en las blancas paredes de la angosta calleja, prestaba un ornato deslumbrante, se disolvió en seguida a la puerta del palacio del príncipe, y yo corrí en busca de mi excelente amigo.

Cogolludo, por efecto de su herida, cojea un poco, y vino a mí con su andar pausado y los brazos abiertos, a darme la bienvenida.

—Ya sabía por Patxot, que me había teleografiado, su llegada.

—¿Podré hablar esta tarde con el general Berenguer?

—Muy apurado anda de tiempo; pero lo intentaré. Ahora saludaremos al Gran Visir, Mahomed Ben Azus,

hombre de talento y de dotes de gobernante.

—Perfectamente.

Salimos. A la puerta del palacio imperial nos paramos. El coronel dió unas órdenes en árabe, y poco después trasponíamos la entrada del edificio. Quince minutos antes estaba yo muy ajeno a tanta novedad.

Atravesamos un patio, de altas y airosas columnas, inundado de luz, y penetramos en una estancia de la izquierda. La sorpresa del coronel, primero, y la mía, después, fué grande. El Príncipe en persona, que estaba despachando asuntos íntimos con su primer ministro, el Gran Visir, nos sonreía amablemente. Es de buena estatura, moreno, de grandes ojos románticos y finos modales.

Al entrar nosotros, el Príncipe y su consejero, pusieron de pie.

Cogolludo me presentó. El Príncipe me tendió bondadosamente la mano, y yo le saludé con la más ceremoniosa etiqueta.

—¡Alteza!

Nos sentamos.

Muley el Mehedi, que habla el español, se mostró un entusiasta admirador del Rey D. Alfonso, y dijo que desea para su país una etapa gloriosa de civilización.

Por la tarde, mientras llegaba la hora de entrevistarme con el general Berenguer, visité las casas de los moros Medina, Bricha, Erzini y Labbady, suntuosas, de un refinado gusto arquitectónico y con jardines que me recordaban las bellezas de la Alhambra granadina.

A las cinco en punto me encaminé a la residencia del Alto Comisario. Apenas esperé unos instantes en la amable compañía de varios jefes.

Minutos después aparecía en la puerta el coronel Cogolludo, diciéndome:

—El general le aguarda.

Deseaba con orgullo de español aquella entrevista.

Conocía los grandes progresos realizados en la zona de nuestro protectorado durante el tiempo de mando de Berenguer, y juzgaba oportuno oír la autorizada palabra de quien de un modo tan hábil, conseguía tantos beneficios para la Patria.

Desde abril de 1919 hasta hoy se ha duplicado el número de kilómetros cuadrados que están pacificados y sometidos a la acción protectora de nuestras armas. En un año se ha conseguido más, ahora, que desde los comienzos de nuestra intervención.

El general, de uniforme, amable, sonriente, sale a mi encuentro y me cede un asiento frente a él, en la mesa del despacho.

—Ya se que se ha divertido usted mucho en la boda del hijo del Caid.

—Sí, mi general.

—Ha sido usted el primer paisano que ha convivido dos días con esos montañeses.

—Lo pasamos muy bien.

—¿Qué tiene usted en la mano?

—Una herida sin importancia. Se encontró con las comidas morunas y me fastidia un poco.

—¿Ha estado usted ya en distintos puntos de nuestra zona militar?

—Sí, mi general. He visitado Regaya, Darxauí, el zoco del Arbaa y esta tarde espero ir a Ben-Karrish y Laucien.

—¿Y qué impresión ha sacado?

—Que la tranquilidad es absoluta. Por grandes extensiones de territorio, valles, llanuras, barrancos y montañas, a solas el coronel Patxot, su ayudante, el señor Olivares, y yo, hemos hecho largas jornadas a caballo, sin la menor contrariedad ni molestia.

—Pues esta es la verdad que yo deseo que se conozca en España. La obra de civilización por nosotros emprendida, en su parte militar, va más deprisa aún que la francesa, dentro, claro está, de nuestros respectivos empeños, hasta el punto que la Prensa de la vecina República llama afectuosa-

samente la atención de mi querido amigo el general Lyautey sobre el particular, como si quisiera infundirle estímulos, que el ilustre caudillo no necesitó nunca.

En el tiempo de mi mando se ha duplicado el territorio de ocupación. Posiciones tan importantes como la de Ben-Karrish se han tomado con sólo un sargento indígena herido. Antes de realizar una operación la estudio detenidamente. Primero se atiende a la parte política; realizamos luego una labor diplomática de atracción de elementos, de tala de dificultades, y cuando yo considero fácil y sin grandes riesgos para las tropas el plan militar, lo llevo a cabo. De este modo se realizó la ocupación del Fondak, que ha sido uno de nuestros grandes triunfos.

Los franceses no caminan con tanta celeridad en su zona, ni tienen menos pérdidas que nosotros, bajas que, dada la índole del país, son inevitables. Insisto en que su número es muy reducido entre nosotros y que yo me preocupo mucho de que siempre ocurra así.

En la actualidad estudiamos el avance sobre Xe-Xauen, la ciudad sagrada, nunca hollada por la planta del extranjero, y en la que ya podría estar, si no quisiera avanzar siempre de acuerdo con Francia, que ha de realizar importantes operaciones combinadas con las nuestras.

En otoño confío que estaremos allí, pues espero tener todo el material de campaña necesario, incluso de fortificación, para llevar a cabo nuestra empresa.

Con este avance quedará encerrado el Raisuni, y ya podremos dedicarnos con más paciente ahinco a la conquista del Rif.

El problema militar no tiene dificultades.

Con los naturales vaivenes está ya encauzado, y sigue su ruta.

Lo que importa fundamentalmente

organizar ahora es el problema de la colonización.

De nada serviría el esfuerzo de las armas; resultaría estéril la ocupación militar, si España no se aprovechase de tanto beneficio invadiendo de productos estos mercados, roturando y cultivando las tierras y estableciendo industrias que nos compensen con creces de los gastos que ahora se hacen.

Debemos realizar aquí una provechosa y honrada colonización, pues son territorios vírgenes a las empresas mercantiles, y en los que el capital y el trabajo han de encontrar grandes desenvolvimientos.

Claro es que si se trata de explotar inicuamente a los indígenas, la obra fracasará.

Aquí vienen caballeros con 10.000 duros, y a los tres años quieren marcharse con un millón de pesetas.

La seguridad es completa; la ayuda de nuestras armas, eficaz. ¿A qué esperan nuestros capitalistas para fundar grandes fábricas de tejidos, de luz, de harinas, almacenes y tiendas de todo género, y para cultivar las féculas tierras, que esperan los progresos de la maquinaria moderna para multiplicar su producción actual?

La ganadería puede alcanzar, igualmente, grandes desenvolvimientos. El gobierno español cumple con su deber. ¿Harán lo mismo nuestros capitalistas? Este es el problema de nuestra zona de protectorado. Yo confío en que sí, y que para provecho y gloria nuestra, la obra colonizadora seguirá pronto el mismo rumbo patriótico de la militar.

El general habla con entusiasmo, sonriente, con una fe inquebrantable en la voz, enérgico en el ademán. Me despido de él para ir, antes de que termine el día, a dar apretones de manos a los oficiales de los campamentos vecinos, a los sufridos y valientes hijos de España, que en frágiles tiendas de campaña, sometidos a las inclemencias del tiempo, a la

monotonía implacable de las sierras adustas y de las llanuras amarillentas con la muerte en acecho, sometidos a enfermedades como el paludismo, un día y otro, con ideales de grandeza y de victoria, conquistan para su patria un pedazo de tierra que puede ya considerarse una prolongación del territorio nacional.

Una moto me llevó en media hora a Ben-Karrish, donde tomé el té en compañía del teniente don José de Ceano Vivas.

—¿Quién ocupó esta posición?—le pregunto.

—El coronel Saliquet mandaba la columna.

—¿Es importante estratégicamente?

—Mucho. Completa la operación de Beni-Hosmar, y es de sumo valor para los avances sobre Kerekera y Xe-Xauen.

—¿Cuántos hombres hay aquí?

—Un escuadrón de caballería de regulares de Tetuán, un batallón de cazadores de Barbastro, cuatro compañías de infantería de regulares de Tetuán, una batería de montaña y un krupp de posición, una compañía de ingenieros zapadores y el parque de Intendencia. También disponemos de una estación telefónica. Total: unos 1.522 hombres.

Salimos a dar un paseo por el poblado, invadido por las tropas, y nos detenemos en un cobertizo, convertido en cuadra, donde en otros tiempos administraba justicia el Raisuni.

Se hace tarde, y me despido de los militares. A las siete en punto entrábamos en Tetuán.

Al día siguiente hubo ya necesidad de practicarle una cura en el dedo, y el doctor Medina, en las oficinas de Cogolludo, me lavó y desinfectó la herida, poniendo una gasa, algodón y una venda. Tenía la mano hinchada y el dedo en carne viva, abotargado y lleno de pus. En el tren de la tarde volvía a Ceuta.

Tan pronto dejé el lecho, al otro día, fuí al Hospital Militar, para enterarme del estado de mi amigo el teniente Miranda. El culto y animoso militar se hallaba mejor y se vistió solo, y cojeando, vino conmigo a la clínica, donde presencié la segunda cura de mi dedo, que, muy felizmente, realizó el doctor Zorrilla, cortando hábilmente piel con unas tijeras. La hinchazón de la mano ya había cedido un poco.

Mientras me atendían a mí, olvidé hasta que existía, absorta la atención en la tortura de un pobre soldado, que, sentado en la mesa de operaciones, con cara de Cristo o de Quijote, soportaba una cura dolorosísima. Atravesado de parte a parte, en la espalda, por un balazo, le hacían el lavado de la herida, que él sufría pálido, con los ojos cerrados.

Al salir de la clínica hablamos con dos soldados propuestos para la laureada por su heroica conducta en los últimos combates de Rehana, junto al aduar Bugabes, donde yo había estado. Uno de ellos era granadino, escribiente y de veinticuatro años de edad, moreno y de mediana estatura, llamado Francisco Huertas y Huertas; el otro era gallego, del Ferrol, de nombre Emilio Díaz Villomar, rubio, de pelos encrespados y rebeldes. Emocionados me contaban la agresión de que habían sido objeto, y como habían podido salvar a su capitán, don Enrique Fernández de Guervara, gravemente herido, rechazando, después de causarles grandes pérdidas, a la indómita morisma.

¡Soldados de España, sufridos, abnegados, gloriosos, adiós! Un ciudadano de vuestra patria inmortal, hoy, olvidadiza y escéptica, minada por la necia ambición de vividores y cana-

llas, que vino por propio impulso a visitaros, os saluda con una efusión sincera del alma. Sin vosotros, sin vuestros nobles caudillos, seguiríamos la pendiente fatal de los desmemoramientos coloniales. ¡Hijos de España, España misma, adiós! En el *Teodoro Llorente* regresamos a la Península, desembarcando en Algeciras. Hicimos la travesía del Estrecho con niebla. De la cortesía y amabilidad del personal de la Transmediterránea conservamos un buen recuerdo.

Dos meses después cicatrizaba por completo la herida de mi mano. Al abrir un periódico de la mañana, el mismo día, leí la siguiente noticia:

“Un despacho de Londres dice: El *Morning Post* anuncia que, según todas las probabilidades, dentro de poco se celebrará una conferencia entre representantes de Inglaterra, Francia y España, para que se hagan nuevas gestiones respecto a la situación de Tánger.”

Al regresar de Africa visitábamos en Algeciras la sala municipal donde se celebró la célebre Conferencia. De nuevo, la histórica estancia, ha vuelto a su modestia tradicional. Caducada el Acta después de la guerra, de su recuerdo sólo quedan unas cuantas fotografías colgadas en el salón de sesiones de aquel Ayuntamiento. Vuelven, por lo tanto, las cosas a su estado natural, antes de que Guillermo II visitase Agadir.

La posición internacional en Marruecos es la misma que en 1904. Inglaterra, Francia y España llegaron a un acuerdo y fijaron su respectivo criterio en el problema, especificando las dos últimas su correspondiente zona de influencia. Dentro del territorio asignado a nuestra protección civilizadora estaba Tánger.

Han sido convenientes los cambios y mudanzas de estos últimos tiempos

para demostrar la necesidad de que Tánger y el territorio de su "tash" internacionizado sean con toda legitimidad de España.

En esa zona se verifica toda clase de contrabando contra nosotros, y por situarse en ella, a medida que nuestros heroicos soldados aprietan el cerco hacia el interior, se realizan constantes y sangrientos ataques contra las posiciones españolas, como el doloroso últimamente llevado a cabo en Kenana, y cuyas tristes e inevitables consecuencias pudimos apreciar personalmente.

Ninguna nación mediterránea puede disputar a España su hegemonía en Tánger.

El predominio de cualquiera de ellas suscitaria recelos, choques y temores de funestas consecuencias. Nuestra situación en Marruecos es tan clara y modesta, que nadie debe regatearnos en lo más mínimo el derecho a realizarla, sin ser hostilizados a cada instante.

La moneda que predomina en Tánger es la española; la colonia más numerosa, casi la única que merece el nombre, es la española, y los negocios, las costumbres que imperan, los rótulos de la población, teatros, establecimientos y periódicos, en su mayoría, son españoles. No sólo de derecho, también de hecho, tiene ya la hermosa población el alma hispana.

Algunos españoles, casi con lágrimas en los ojos, me referían el entusiasmo delirante que conmovió a la ciudad entera el día del santo del

rey don Alfonso, cuando desembocó por el Zoco Grande, bajo por la Gran Calle y atravesó Zoco Chico, una banda militar española. Los vivas, las fiestas y las manifestaciones de júbilo fueron entusiastas y clamorosos durante todo el día.

Francia es nuestra amiga. Admiramos su patriotismo, la gloria de sus sabios, de sus pensadores, de sus artistas, de sus hombres de ciencia; su amor a la libertad, que tanto ha contribuido a la obra civilizadora humana; la belleza de sus mujeres, quizá las más exquisitas e inteligentes del mundo. Pero nos apena que un historiador tan irrecusable como Galdos, pueda decir en *Los Apostólicos*, refiriéndose a las desdichas que nos ha causado: "De este modo ha jugado siempre la buena vecina con nuestras discordias, y lo mismo será mientras haya discordias, emigrados y fronteras." En Tánger, pues, ha de cimentarse una perdurable amistad entre Francia y España.

Nuestra situación marítima, que señala a la política internacional española rumbos de amistad seguros, entre los que culminan los vínculos con Inglaterra y Portugal, nos permiten confiar en que nuestras legítimas aspiraciones sobre Tánger no suscitarán ninguna suspicacia, y que plenamente seguros de la nobleza de nuestra misión, podamos continuar en lo sucesivo, tranquilos, abnegados y asistidos de la confianza de todas las naciones europeas, la cruzada de progreso y de civilización que ya realizamos en el Norte de África.

Vicente Almela Mengot.

Madrid, noviembre de 1920.

70-22889
C.M.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD

Los Muchachos

Están preparando

GRANDES CONCURSOS

y muchas novedades.

Comprados todos los
domingos

NÚMERO:

20 CÉNTIMOS

PECHOS

FRASELLA BELLEZA, **SEÑAL**
CIENTÍFICO EN DOS VERTICES con
PILORAS CIRCARIANAS

Doctor Brun. Inefectivas. Aprobado por
eminencias médicas. 100 años de éxito
mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas
frasco. MADRID, Gayoso, R. Durán, Fé-
lix Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALEN-
CIA, Caosta; GRANADA, Ocaña; SAN
SEBASTIAN, Tornare; MURCIA, Solano;
VIGO, Saáza; MALLORCA, Centro far-
macéutico; ALICANTE, Amar; GORÜÑA,
Boy; SANTANDER, Sotocario; SEVILLA,
Kaplan; VALLADOLID, Lizaso; BILBAO,
Bernardián; NABAMA, Sarrá; TRINI-
DAD, Basadre; PANAMA, «Farmacia Cen-
tral»; CIENFUEGOS, «Cosmopolitas»;
SARAGAS, Dabeta; QUITO, Ortiz; MA-
NAGUA, Guerrero; BARRANGUILLA,
Acosta-Hualde. Mandando 670 pesetas
cédula a Ponce de Leon, Marqués Duero, 64,
Apartado 481, BARCELONA, recibirá
reservadamente certificado. Muestra gra-
tita para convencimiento del éxito.

DESCUFIAS DE IMITACIONES



LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



V. TIENE UN PESO EN EL ESTÓMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas

Y siente mareos, vértigos, ardores

Todas estas enfermedades desapa-

recen por el uso regularizado del

DIGESTIVO *Jost* EN PEQUEÑOS SELLOS

ES EL REY

contra todos los enfermedades del estómago.

DIGESTIVO

Jost

ASEGURA

UNA BUENA DIGESTIÓN

Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30
12 sellos 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELD-T-CALLE DEL PRADO 15-MADRID



A los enfermos de

ESTOMAGO E INTESTINOS

RENOVAD vuestro método de elección cuando tratéis de adquirir un específico que combata vuestros TRASTORNOS DIGESTIVOS. Decidid antes si queréis hallar un medicamento que CALME alguna de vuestras molestias, o ansiais CURAR INTEGRAMENTE vuestra enfermedad de un modo rápido y permanente, para así libraros de los horribles peligros a que os expone la cronicidad de vuestro mal. SI TRATAIS sólo de calmar vuestra dolencia,

podéis hacer uso indistintamente de cualquiera de los
Elixires, digestivos tónicos, pastillas, comprimidos, polvos, bicarbonatos,
Magnesias, etc.,

y seréis eternos esclavos de sus nocivos usos y de vuestra enfermedad.

SI CON MEJOR CRITERIO queréis vencer prontamente y para siempre vuestros males de ESTOMAGO, HIGADO, INTESTINOS, como son HIPERCLORIDRIA, PIROSIS (ACEDIAS), VOMITOS, ESTREÑIMIENTO, DIARREAS, ULCERA y DOLOR DE ESTOMAGO, DISPEPSIAS, etc., etc., vuestra elección ha de ser forzosamente el

Neutrácido Español

que es completamente distinto de todos los demás productos de análoga aplicación y el UNICO INOFENSIVO que no contiene BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, PURGANTES, MORFINA, COCAINA, BELLADONA ni CALMANTE alguno, y del que un frasco de 10 pesetas (500 gramos), frecuentemente, o dos frascos, casi siempre determinan una maravillosa curación, aun en casos antiguos y desesperados, con efectos PERMANENTEMENTE CURATIVOS, comprobados por eminentes médicos, que califican al **NEUTRACIDO ESPAÑOL** de triunfo incomparable

de la ciencia nacional.

Concesionario exclusivo:

José Marín Galán.-Arjona, 4, Sevilla.